

# LA EDUCACION PERUANA: RETO Y RESPUESTAS (\*)

*Prof. Hernán Walter Alvarado Zavala*

Este día -culminación de una ininterrumpida labor docente de más de treinta y dos años- me siento conmovido y jubiloso al haber recibido una distinción y un reconocimiento a mi trabajo que compensa en exceso mis mayores expectativas. Agradezco de todo corazón a quienes (colegas, autoridades, alumnos y empleados administrativos) de una manera u otra han hecho algo para que esta gratificante ceremonia se haga realidad.

Permítanme hacer algunas reflexiones sobre la educación peruana en circunstancias en que parece atravesar, si no la peor crisis de su historia, por lo menos una realidad angustiosa y deprimente que debemos superar a toda costa. Porque nuestro futuro como nación depende de lo que mancomunadamente podamos hacer los peruanos verdaderamente interesados en comenzar a ver la luz al final del túnel. Esto nos obliga a ser veraces y francos. Las verdades a medias o las falsificaciones agrídulcetes -como decía González Prada- sólo ahondarán nuestra confusión.

En esta dirección analítica, preguntémonos por las razones profundas que movieron a nuestros antepasados prehispánicos a acuñar como estandarte ético de su Estado aquella máxima de "No seas ladrón ni perezoso ni mentiroso". Generalmente hemos contemplado el lado positivo de ese categó-

rico principio. Pero también podríamos deducir que esa sociedad, que todavía no había soportado la invasión europea, tenía, en algún grado ahora imposible de precisar, la nociva tendencia humana al hurto, la ociosidad y la falsedad. No era el paraíso del que muchas veces nos han hablado. La consecuente pregunta es que por qué fue así. Casi mecánicamente me atrevo a responder que en el medio geográfico que ocupamos hoy como nación hay una fuerza telúrica sutil y penetrante que nos aletarga y tienta a ceder, a veces, a la vida fácil y licenciosa. Dije a veces. Agregó, para evitarme prematuras discrepancias, sólo a algunos débiles mortales. El casi permanente estado de crisis en que hemos vivido históricamente es lo que me impele a reforzar mi temeraria sospecha. Y quizá por ahí nos acerquemos a una respuesta a la también inquietante y corrosiva indagación de Zavallita en "Conversación en La Catedral": ¿Cuándo se jodió el Perú?

En el campo de la educación, desde que tengo uso de razón, observo un deterioro creciente. Y que conste que gobiernos tiránicos y demócratas, si en algo coincidieron, fue en proclamar su gran preocupación por la problemática educativa. Con Bustamante comienza la ampliación vertiginosa de la cobertura educativa, Odría se interesa en mo-

---

(\*) Texto leído por el profesor Alvarado al serle conferido el título de Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el 8 de julio de 1993

dernizar la infraestructura, Prado continúa las tareas, el primer gobierno de Belaúnde lleva porcentualmente el presupuesto para Educación a sus más altos niveles históricos, Velasco reconoció que la Reforma Educativa fue la más importante de las reformas que frustradamente pretendió realizar, con Morales Bermúdez hubo gran preocupación por variar el rumbo de la reforma en ciernes, el segundo gobierno de Belaúnde simplemente se denominó "el quinquenio de la educación", el aprismo -sin sonrisas, por favor- exhibió como su mejor ministro (-a) a la dama que ocupó el cargo en Educación. Y los tiempos actuales contemplan a un Presidente que con su ¿enigmática? sonrisa oriental "regala" ómnibus, laboratorios, computadoras, locales, zapatos y buzos a diestra y siniestra. A pesar de tantos afanes y entusiasmos, la verdad rotunda es que los cincuenta años que acabo de reseñar son el escenario patético de un desmoronamiento contundente de la educación en el Perú.

¿Qué pasa aquí? ¿Por qué los resultados no se condicen con las intenciones? Responder esa pregunta implicaría trabajar con un gran equipo de expertos a lo largo de varios años para elaborar un diagnóstico en varios tomos. Yo soy temerariamente expeditivo y pretendo abarcar este mayúsculo embrollo con algunas audaces explicaciones:

1. Inauténtico interés de los políticos por la educación.
2. Cúpulas que han dirigido la educación desde sus elevadas oficinas sin recoger los clamores y problemas que en la práctica cotidiana se dan.
3. La insoportable soberbia o sabelotodismo que los "especialistas" muestran ante la humildad de los profesores de base, soberbia que los impulsa a diseñar cualquier receta para olvidarse luego de averiguar si funciona o no.

4. La deformación profesional que agobia al docente y que le impide ver autocríticamente -o mejor, críticamente- su tarea. Increíblemente, lo obvio pasa inadvertido y los problemas se agravan ante nuestra cómoda indiferencia.

5. Estamos perdiendo la mística, la fe, el sentido de responsabilidad profesional e histórica...

A cierta hora del día, el termómetro registra temperaturas bajo cero en algunos lugares del Perú mientras un sol abrasador fatiga a los pobladores de otras zonas. La cosecha en la Sierra ocurre mientras en la Costa se siembra; en el verano sucede lo contrario. Las localidades porteñas consumen pescado cotidianamente. Alejados caseríos casi nunca saben de los frutos del mar. Un limón que puede cocer carnes sólo se da en el Perú. Nuestro país, con escasa producción vitivinícola, tiene sin embargo las variedades más deliciosas de uva. La papa nació aquí para resolver las hambres del mundo moderno. Las maderas más finas del orbe se hallan en la Amazonía. La flora y fauna peruanas sólo son equiparadas o superadas en variedad por dos o tres países en el resto del universo. De las minas peruanas, nuestros trabajadores, que a los 40 años representan más de 60, extraen casi todos los minerales conocidos. Pero también tenemos desiertos inhóspitos y cadenas de montañas en que la supervivencia es casi imposible. Así de variada, hermosa y compleja es la geografía física del Perú.

¿Y la gente? Otra vez sucede que sólo dos o tres países del mundo registran nuestra increíble heterogeneidad étnica. Aquí se dieron cita casi todas las razas del mundo. Fuera de la migración blanca europea (dentro de la que se hallaron en primer lugar los ya muy mestizos españoles), aquí encontraron un hábitat ideal las corrientes africanas y orientales. Todo ese variado mosaico humano se superpuso a los grupos indígenas

y, en fecundo y generalizado contacto, ubicó sobre el suelo peruano todos los pigmentos, tallas y rasgos que podrían imaginarse. Los migrantes fueron perdiendo paulatinamente su identidad original y se han ido acomodando con facilidad y alegría a la nueva condición de peruanos. Es cierto también, y lamentablemente, que nuestra sociedad está atravesada todavía por signos evidentes de racismo. A eso se agrega que las costumbres y hábitos propios de cada grupo varían notablemente para reflejar también una ostensible diversidad etnológica. Comida, vestimenta, bailes, religiosidad varían de ciudad a ciudad. Otra vez una Babel, felizmente una Babel que no ha llegado a la desintegración.

No es extraño que en este milenarismo país, a las heterogeneidades ya anotadas, se sume otra de gran importancia cultural e histórica: la diversidad lingüística. Hace mil años en lo que hoy es el territorio peruano se hablaban, entre varias otras lenguas, el puquina -predominantemente-, el aymara -en plena expansión- y el quechua, cuyas huellas más remotas aparecen por Pachacámac en el año 880. El puquina se extinguió -¿o fue extinguido?- en el siglo XVII. ¿Llegarán el quechua y el aymara al siglo XXI? ¿Sobrevivirá nuestro más de medio centenar de lenguas selváticas al salvaje embate de la cultura occidental y cristiana? ¡Qué paradoja saber que en este país más del 90 % de su población hablaba en 1821 lenguas indígenas y que hasta en 1940 se registró que todavía la mayor parte de los peruanos se comunicaban más eficientemente en las lenguas nativas que en el español!

Esta extraordinaria diversidad geográfica que es el Perú y sobre la que se han asentado los más heterogéneos grupos humanos ha sido el escenario de un fecundo y alucinante mestizaje. Mi bisabuelo paterno fue un negro retinto piurano que se unió -en fusión extraña para el siglo pasado- con una mestiza ancashina descendiente de Chavín y Recuay, pero

también de Andalucía o Toledo. Por la rama materna tengo la sangre chinchana prehispánica aderezada con genes catalanes e ítalos. Y mi facilidad exagerada para adecuarme a cualquier circunstancia y disfrutar de lo más contradictorio me sindicaron como un ejemplar de excepción del mestizaje ocurrido en estas tierras. Aquí llega cualquier elemento natural o cultural, busca el ambiente más propicio y cómodamente se va integrando a lo ya preexistente hasta conjugarse en una entidad nueva y diferente. La deliciosa comida china que consumimos tiene que ver con la cantonesa, pero es algo muy diferente. Nuestros folkloristas que se enorgullecen de un huaylas o de una diablada o nuestros sociólogos, que pasmados aprecian el fenómeno musical "chicha" tendrán que admitir que hay remotos ecos andinos resueltos en instrumentos occidentales y vestimentas de huachafaría sin filiación clara, pero que jamás hubieran podido brotar en ningún caserío hispánico actual o aldea inca o amazónica. Este país es un crisol que produce singularidades fuera de toda previsión o programa. Piénsese no más en la palabra tamal y sobre la mesa aparecerán decenas de delicias distintas en sabor, forma, tamaño y presentación. Seamos los educadores muy conscientes de esta realidad en la que diariamente trabajamos. Entonces, creo, a contracorriente de la opinión científica y general, que el problema de la "identidad nacional" resulta menor o no existe. Es que, evidentemente, somos muchas identidades, fruto del encuentro (¿feliz, trágico o ambiguo?) de todas las sangres, como lo reconocía Arguedas.

Y ahora, de vuelta al terreno educativo, tenemos que responder de alguna forma al reto descomunal que es nuestro país. De antemano, hay que reconocer que no existen soluciones fáciles. Que cada decisión, por muy inteligente que sea, tendrá sólo una estrecha y breve validez. Habrá que admitir que tenemos que estar constantemente rectificando el rumbo o amoldándonos a cada

peripezia geográfica o social. En otras palabras, lo que vale o valió para la promoción de 1986 de la Facultad de Educación tiene que revisarse sustancialmente con la promoción 1993. Y con este grupo de cachimbos, lo que es pertinente en el turno diurno tendrá que adecuarse al grupo nocturno con varias características diferentes. Aquí debo hacer una digresión incómoda para algunos colegas y amigos, pero sería inauténtico y mi postura pedagógica cojearía si no me refiriera a ella. Algunos docentes piensan que para mejorar la educación hay que modernizarla, incorporando a su seno lo más avanzado de la ciencia, la técnica y la tecnología. Computadoras por doquier, televisión y video, sofisticados laboratorios parecen ser la panacea esperada. En parte, seguramente, aparece como causal de esa actitud una orientación reciente denominada "tecnología educativa". Y aquí se parte de una temeraria confusión que debe esclarecerse. La educación es un proceso humano en el que intervienen una serie de variables no programables, aunque sí controlables. El acto educativo, además, tiene en su esencia misma un profundo contenido subjetivo (la relación maestro-alumnos) que ninguna máquina podrá suplir eficientemente. Además, el término tecnología, como bien lo especifica el Diccionario de la Academia, es el "conjunto de los conocimientos propios de un oficio mecánico o arte industrial". La tecnología sirve para que obtengamos mayor cantidad de productos, en el menor tiempo posible y con la menor cantidad de errores. Pero, ¿puede pensarse en esos términos la educación? Evidentemente, no. En un esfuerzo de renovación de la educación -sin que pequemos de reaccionarios o conservadores, sino de realistas- debemos concebirla y ejecutarla como una actividad humana en la que juega un papel importante la técnica o arte docente y que sólo se sirve de la moderna tecnología para asuntos específicos y colaterales, pero nunca sustanciales.

Ahora visitemos mentalmente varias aulas de nuestros diferentes niveles educativos. Allí se está concretando en la dura práctica la propuesta curricular del Ministerio de Educación. Repárese que este año se ha pretendido hacer, sin que la mayor parte de los expertos lo haya notado, la más grande reforma curricular del siglo. Se han cambiado -y en algunos casos radicalmente- los programas de cinco de los once grados de nuestra Primaria y Secundaria. Pero esos programas aparecieron en el diario oficial a partir de la segunda quincena de marzo. Desconcierto y falta de información en el magisterio, carencia de material didáctico en las aulas y un sufrido educando que no comprende lo que pasa a su alrededor, ha sido el fruto de la última jugarreta curricular. Si quieren un jugoso tema para investigación educativa, ahí lo tienen con los alumnos que este año egresarán de la Secundaria. Sus programas sufrieron tardíos y desafortunados cambios (por no decir irresponsables) todos los años. ¿Qué ha ocurrido ahí? Esperamos la respuesta de un acucioso investigador.

Sí, lo medular para la labor docente y educativa en general, que es el currículo, se trabaja con censurable descuido y punible inconciencia. Los caprichos individuales o grupales han producido documentos erróneos, descuidados, inaplicables y sin ningún sentido común. En las políticas curriculares está más patente la tragedia de nuestra educación y el testimonio más elocuente de nuestra incapacidad para comprender esta desafortunada realidad, lo que impide luego proponer salidas pedagógicas viables. Torturar con Góngora o Quevedo en tercero de Secundaria, atiborrar de gramática desde la Primaria y pretender abarcar en un solo curso Geografía, Historia del Perú e Historia Universal, entre otros ejemplos, son datos del muestrario delirante de aberraciones curriculares. Francamente, yo no vacilaría en poner un bermellón 05 a las decisiones curriculares de los últimos cuatro lustros.

A pocos años del fin de siglo, cuando el progreso tecnológico ha convertido los milagros en juegos de niños, la educación tiene que ser muy diferente a la que ofrecemos. Y eso presupone que los profesores debemos cambiar profundamente nuestra manera de pensar y hacer la educación. No confundamos eso con la "modernización" de la educación que se nos quiere endilgar en otra criollada de sabor oriental. No, lo que hoy propongo, humilde pero arrebatadamente, es armar, a partir del conjunto humano que es la Universidad de San Marcos, un equipo multidisciplinario para trabajar con imaginación y amor, -en aulas concretas y no en oficinas burocráticas, oyendo constantemente la palabra del educador de base y del educando real- un abanico variadísimo de propuestas y experimentos educativos ejecutados en el marco de un plan global de búsqueda de respuestas -¡muchas respuestas!- a los inquietantes problemas de la educación peruana. De este archivo vivencial debemos ir decantando lo mejor para ofrecerlo, ahora sí con efectivo conocimiento de causa y naturaleza, a los demás pueblos del Perú. De lo que se trata es de convertir a la educación peruana en un verdadero laboratorio. Tenemos la suerte de no ser Bélgica ni Suiza, donde la educación se ha robotizado eficientemente. En este querido Perú de fines del siglo XX, sin pecar de ingenuos ni de ilusos, todo está por hacerse en educación. Como decía Villarán, hay que sobreponerse a "la enfermedad de hablar y escribir y no de obrar, de agitar palabras y no cosas".

Esta cruzada podría ser encabezada por San Marcos y su Facultad de Educación, por su vocación democrática puesta a prueba en los últimos años, por reflejar mejor que ninguna otra institución superior el mosaico humano que es el Perú, por el respeto internacional que permitiría acceder al apoyo económico necesario y por su poder de convocatoria del pueblo peruano. Aquí hay una energía y capacidad latentes que, por ejemplo, las he vis-

to en nuestros exámenes de admisión. Esa fuerza debe ser estimulada y aprovechada porque ya no es posible seguir siendo indiferentes al derrumbamiento de nuestra sociedad.

Esa nueva educación que ahora sólo alcanzo a intuir debe atender al máximo desarrollo posible de las potencialidades del hombre peruano. Tendrá que propender a formar un individuo racional y creativo, práctico y sentimental, dispuesto tanto al trabajo como al goce de la vida, tal vez religioso, pero también interesado seriamente en la ciencia y la técnica, musical y austero, solidario y responsable, dúctil y paciente. En buena cuenta, una persona que puede disfrutar inteligentemente de la dicha de haber nacido en estos ámbitos de marcados contrastes. Eso implicará que los cursos y actividades de la nueva escuela formen parte de una auténtica estructura curricular sustentada en cinco pilares básicos:

-sólidos principios éticos,

-integración plena de los principios científicos con su aplicación práctica,

-saludable desarrollo orgánico,

-amplitud para la percepción y el goce de los valores estéticos,

-comprensión de la rica amalgama que somos como país.

Ser profesor emérito es reinsertarme en mi universidad para trabajar con mis colegas y amigos algunos proyectos educativos que he elaborado en los tres últimos años, es volver a trabajar con más denuedo por una educación transformadora del hombre.

Sin egocentrismos, puedo decir que soy el fruto de una educación asistemática. Sin menospreciar al otro hombre que hubiera sido si no ingresaba a San Marcos, puedo con toda sinceridad confesar que en las aulas del

Parque Universitario encontré sentido a los latigazos de mi padre para que aprendiera a leer y a tener la verdad como el valor más importante de la vida. Aquí también pude comprender el extraño carácter de mi madre, en el que se combinaban el más dulce amor con la más dura severidad. Y también la sabia decisión de una hermana mayor que me regaló mi primera colección de libros, lo que me permitió aprender efectivamente a leer no sólo impresos, sino también el mundo. Esta transformación que me sucedió -ojalá no me equivoque- la quisiera para muchos niños y jóvenes confundidos y sin norte. Este maravilloso país no merece tanto sufrimiento, injusticia y desconcierto.

Para terminar, pacientes amigos, debo decirles que veo como meta un claro propósito: construir una educación más simple, más alegre y más pegada a nuestras legítimas realidades y ambiciones. No somos indios ni españoles; somos mestizos peruanos. Las palabras finales se las dejo a ese noble aristócrata que vivió como químico muchos años en Mala, que no podía leer sus encendidos discursos pues su voz era aflautada y que escribió las páginas que más me han conmovido. Él decía: "No carece nuestra raza de electricidad en los nervios ni fósforo en el cerebro; nos falta, sí, consistencia en el músculo y hierro en la sangre". Manuel González Prada se llamaba.

Gracias, mil gracias...

Lima, 8 de julio de 1993

*“Los primeros cuarenta años de vida nos dan el texto; los treinta siguientes, el comentario”.*

(Arthur Schopenhauer)